

EL PENSAMIENTO POLÍTICO DE DANTE A TRAVÉS DE LA “DIVINA COMEDIA”

CUANDO, en el año 1265, Dante Alighieri nacía en Florencia, su ciudad no se había recobrado aún del grave golpe recibido cinco años antes. Acaeció, en efecto, en el 1260, la gran batalla de Monteaperti, en la cual, los gibelinos de Florencia, desde hacía tiempo desterrados de su ciudad, en unión de los otros Comunes gibelinos de Toscana, infligieron terrible derrota al ejército güelfo florentino. Corrió Florencia el mayor peligro de su gloriosa vida, porque los vencedores hubieran querido destruirla; mas se opuso el gran jefe gibelino Farinata degli Uberti, uno de los principales artífices de la victoria, que, por noble amor a su Patria, impidió la destrucción, mereciendo el elogio de Dante, que ha eternizado su nombre. Y si esto fué una fortuna para Florencia, no lo fué igual para el partido gibelino, el cual se adueñó de la ciudad y envió al destierro a los cabecillas del güelfo; pero no consiguió destruir la fuerza del güelfismo. Un año después del nacimiento de Dante, los güelfos saludaban, en Carlos I de Anjou, coronado Rey de Nápoles, a su nuevo jefe, y los gibelinos veían declinar sus esperanzas, con el fin del generoso Rey Manfredo, derrotado y muerto por Carlos de Anjou, en la batalla de Benevento. Dos años más tarde, el infeliz Príncipe Conradino, vencido por el Rey angevino en Tagliacozzo, cerraba con una triste muerte la gloriosa estirpe de los Hohenstaufen de Suabia. Todo el partido güelfo recobró fuerza, y de nuevo los gibelinos debieron ceder el gobierno de Florencia, que volvió a ser francamente güelfa, como siempre había sido.

Mas, ¿qué significaban estas dos palabras: güelfo y gibelino, que

muchos repiten mecánicamente, alterando su verdadero sentido? Comúnmente, se cree que gibelinos sean los partidarios del Imperio, y güelfos, los del Papa; pero esta definición supondría hacer extensiva, durante toda la Edad Media, la lucha por la supremacía entre el Papado y el Imperio, que, por el contrario, aun continuando sor-damente, no tuvo, en realidad, más que un solo momento culminante; aquél, para entendernos, que vió erguirse, una contra otra, a las dos grandes figuras del Pontífice Gregorio VII y del Emperador Enrique IV. Como es sabido, la lucha terminó con el Concordato de Worms y, desde entonces, no hubo más choques decisivos entre aquellas dos potencias. La contienda, por el contrario, se desvió hacia otro campo: cuando Federico I Barbarroja trató de restaurar en Italia el poder imperial, sus verdaderos adversarios fueron los Comunes, que, aprovechándose de la disminuída potencia imperial, habían mermado los poderes de los grandes feudatarios y conquistado por sí, con todos los medios legales e ilegales, una serie de autonomías, que les convertían casi en Estados soberanos. Se comprende que tales autonomías estuvieran en pugna con las miras imperialistas de Federico I, el que encontró, precisamente en los Comunes, sus enemigos más decididos. Estalló al fin la lucha: aliados del Emperador fueron los Señores, el de Verona, por ejemplo, los grandes feudatarios y los pequeños Comunes, que preferían estar sometidos a una potencia lejana a sufrir la supremacía de potencias vecinas, como eran los Comunes mayores. Era lógico que éstos tuvieran que buscar el apoyo del Papa, para obtener de él, no sólo ayudas materiales, sino, principalmente, la gran autoridad espiritual que se derivaba de su protección.

Como es sabido también, la lucha fué encarnizada y tuvo alternativas, que acompañaron casi siempre a las de la potencia imperial en Italia. Nosotros no vamos a seguir las aquí; queremos solamente recordar que hubo momentos gloriosos, en los cuales el partido güelfo reunió en una concordia bellísima, aunque fuese transitoria, a casi todos los Comunes, grandes y pequeños, apretados en torno a la bandera de la Liga Lombarda, deseosos todos de defender las autonomías comunales contra la supremacía imperial.

Tal vez es éste el período glorioso de los dos partidos. Dejados aparte, por un momento, rencores, intereses y envidias, ambos significaron, ciertamente, dos concepciones opuestas, contrastantes, pero quizá igualmente nobles, de la política italiana. Gibelinos eran cuantos, fija la vista sobre el concepto del Sacro Romano Imperio, esperaban, con el Emperador germánico, establecer un orden justo en Italia, encaminándola hacia su función de sede latina del Imperio; eran güelfos, por el contrario, aquéllos que creían en la fortuna del Común autónomo, libre de influencias extrañas, celoso de su independencia.

Pero, disminuída, con la muerte de Federico I, la potencia imperial, salvada la inminencia del peligro externo, venidas a menos las razones de la concordia, los nombres de güelfo y gibelino volvieron a indicar dos facciones en lucha entre sí por la supremacía local, entre Comunes y feudatarios, entre Común y Común, a veces, entre dos partidos de la misma ciudad.

A esta lucha asiste Dante jovenzuelo; de esta lucha, que asola a Italia y sus tierras, él se duele en la invocación apasionada del Canto vi del Purgatorio. De este reproche nada afectaba a Florencia, la que, una vez arrojados para siempre los gibelinos y consolidado su carácter güelfo, podría ser una ciudad ordenada y unida. Sin embargo, nuevos gérmenes habían fructificado en la gran ciudad toscana, engendrando una nueva división.

Veamos sus motivos: El siglo XIII había sido, sin duda, el gran siglo para Florencia: favorecida de una estupenda posición geográfica, sus comercios, sus industrias, sus banqueros, se habían puesto en movimiento por todo el mundo, y a las cajas y a las casas de la ciudad, afluían las riquezas: el pueblo, industrial, artista por naturaleza, alcanzaba, con el bienestar social, un sentido vivo de la función política —y diría casi estratégica— de la ciudad, y se preocupaba, por tanto, de consolidar el régimen interno, para mejor disfrutar aquella posición. Hacía algún tiempo que el recinto amurallado de la ciudad había sido ensanchado; a las grandes familias de la parte güelfa, se habían sumado nuevas familias venidas de la comarca, convertidas en poderosas y ricas por el comercio; además, cada

vez adquirirían mayor importancia los jefes de las varias industrias, comercios, artesanía y bancas, ya reunidas en Corporaciones, que tomaban el nombre de Artes. Estas tres fuerzas tenían a menudo intereses contrapuestos, y las sucesivas disposiciones legislativas en Florencia, desde el 1280 en adelante, tratan precisamente de conciliar las tendencias contrarias. Las más de las veces, la tentativa tuvo éxito, sobre todo, porque en el choque entre los dos grupos de poderosos, había acabado por prevalecer un tercero, el de los Jefes de las Artes, el «popolo grasso», como entonces se llamaba, obteniendo, primero, una notable participación en el gobierno de la ciudad, con la institución del Priorato, y, después, todo el gobierno, con los «Ordinamenti» de Giano della Bella. En ellos se reconocía el derecho de participar en el gobierno solamente a los inscritos en las Corporaciones de las Artes mayores y menores, concepto nuevo y revolucionario, ciertamente, en cuanto avalora la nobleza del trabajo, pero que ha podido ser clasificado de «democrático» solamente por aquellos historiadores que, por intereses o por miopía, acostumbran a atribuir al pasado las circunstancias del presente. Para entendernos, se llamaba entonces «popolo» y eran inscritos en las Artes, sólo los jefes de las Haciendas, los que hoy llamaremos «datori di lavoro» (patronos), y que en el siglo pasado fueron llamados la alta burguesía, mientras que los auténticos trabajadores, «popolo minuto» (bajo pueblo) o «plebe», eran excluidos del todo de la vida política.

«Fatta la legge-trovato l'inganno» («el que hizo la ley, hizo la trampa»), dice un viejo proverbio; y he aquí que los grandes, es decir, los nobles, arrojados por la puerta, en virtud de los «Ordinamenti» de Giano della Bella, vuelven a entrar por la ventana en el Gobierno del Común. Casi todos los nobles están interesados en algún comercio, industria o profesión y, por consiguiente, todos corren a inscribirse, con derecho o sin él, en una de las «Artes», y así recuperan la posibilidad de hacerse elegir para los cargos públicos.

Sólo dos años duran en pleno vigor las Ordenanzas del pueblo; después, los excesos y las prepotencias de la dictadura popular, suscitaron una natural reacción; la nobleza la aprovecha para enviar al destierro a Giano della Bella y dominar de nuevo en el Gobierno

de la Ciudad. Desde aquel momento, no obstante la aparente «democratización» de Florencia, la vida pública queda para siempre dominada por una red de intereses particulares y sectarios, de adherencias y de clientelas de hombres y familias poderosas. Naturalmente, resurgen poco a poco los choques y rivalidades; el conflicto entre las dos facciones de magnates, se enardece en una nueva forma. En torno a la poderosa familia de los Donati y su Jefe, Corso, se reúnen las principales familias; de otra parte, el «popolo grasso» (el gran pueblo) se agrupa en torno a la riquísima familia de los Cerchi. Por reflejo de una división interna de la ciudad de Pistoia, los dos partidos toman el nombre de Blancos (la parte de los Cerchi) y Negros (la parte de los Donati); las pequeñas desconfianzas, las emulaciones, los encuentros, no tardaron en degenerar en una verdadera lucha cruenta: en el año 1300, los dos partidos llegaron al derramamiento de sangre, y el más numeroso y fuerte prevaleció: los Blancos desplazan a los Negros. No sirve que un Priorato de probos ciudadanos, entre los que se encuentra Dante, envíe al destierro a los Jefes de entrambas facciones; bien pronto, con el favor del Gobierno, los Blancos retornan a Florencia y los Negros permanecen en él.

En esta situación, la lucha entra en una nueva fase, en la que interviene otro poder: son los Negros desterrados, que reclaman la ayuda del Papa Bonifacio VIII, acusando de gibelinismo a los Blancos florentinos. Fácilmente creyó el Pontífice la acusación, bien porque los Blancos, desde hacía algún tiempo, ponían obstáculos en Florencia a su voluntad, bien porque para él era aquella una ocasión inmejorable de intervenir en la política florentina, estableciendo en ella su supremacía. Así se decidió que entrase en Florencia Carlos de Valois, primo de la casa de Francia y del Rey angevino de Nápoles, con la aparente misión de reconciliar a los partidos contrarios, mas con el verdadero propósito de poner el poder en manos de los Negros. Y la empresa se llevó a término con toda la astucia y decisión necesarias. Carlos entró en Florencia, llevando tras de sí a los desterrados Negros, con lo que no le fué difícil formar un Gobierno favorable a él, y que se apresuró a enviar al destierro a los cabecillas del

partido Blanco. Lo extraño es que esta vez no fueron acusaciones de orden político las que justificaron las providencias de destierro, sino de índole moral; se obtenía así el fin deseado, sin perder la apariencia de instaurar la verdadera paz en Florencia. Mas nosotros, la posteridad, no podemos perdonar este engaño, que pretendió herir la figura nobilísima de Dante, infamándola con la imputación de haber administrado mal el caudal público o, peor aún, de haberlo aprovechado en beneficio propio; acusación horrible, que con demasiada facilidad se formula por los enemigos envidiosos, y con demasiada ligereza se repite por los charlatanes impenitentes; y no todos tienen la grandeza del nombre de Dante para defenderse y confundir a sus enemigos.

Ya que nos hemos referido a la acusación de gibelinismo hecha a todo el partido Blanco y, puesto que ésta fué reforzada más tarde, cuando los desterrados Blancos tuvieron de común con los antiguos desterrados gibelinos el deseo de volver a entrar en Florencia, no será inoportuno que nos detengamos un instante a resolver esta cuestión. Si la palabra «güelfo», en Italia, hubiese significado verdadera y solamente «partidario del Papa», es evidente que güelfos verdaderos deberían ser considerados únicamente los Negros que se apoyaban en el Papa; y no se podría negar un matiz de gibelinismo al partido Blanco, que se oponía a la voluntad pontificia. Pero nosotros ya hemos visto que «güelfos» se deben llamar principalmente los Comunes que defienden sus inmunidades contra los Emperadores; ¿qué de maravillar es que, decaído el poderío imperial, tuviesen de nuevo los güelfos que defender sus libertades contra quien ahora les insidiaba: esto es, contra el Papa y, sobre todo, contra la casa de Anjou que, puesta a la cabeza del partido güelfo, intentaba continuamente establecer su propia hegemonía sobre todas las ciudades de Italia? En este sentido, el partido de los Blancos es verdadera y noblemente «güelfo»; y güelfo, yo creo, se sentía Dante, cuando, en el triste año 1302, debió emprender el camino del destierro.

Es evidente, sin embargo, que bien pronto los intereses de los güelfos Blancos, vinieron a coincidir con los de los gibelinos, no sólo en cuanto se refería al común deseo de volver a entrar en Flo-

rencia, sino por la esperanza de justicia, que también los Blancos debieron, al fin, poner en su antiguo enemigo, en el Emperador. Esto sucedía después del fracaso de numerosas tentativas, violentas o pacíficas, para obtener el perdón de la ciudad; fué entonces cuando se miró con nuevo entusiasmo la figura imperial de Enrique VII, que se disponía a entrar en Italia.

Pero hay aún un nuevo elemento, que viene a cambiar la situación italiana: con la elección para el Pontificado del gascón Bertrand de Got, que tomó el nombre de Clemente V, el Papado, no sólo experimentó un completo influjo de la casa de Francia, sino que hasta renunció a su sede natural, la gloriosa Roma, para trasladarse a la ciudad provenzal de Aviñón. ¿No era, pues, justo que, no sólo los gibelinos, sino también los verdaderos güelfos, los que veneraban un Papado libre y soberano, debiesen esperar de una intervención externa el restablecimiento del orden y de la justicia? Y ¿cómo ha de maravillarnos que los hombres honrados de Italia se volvieran hacia Arrigo VII, en el que todos reconocían una profunda conciencia de su deber y de la verdadera misión confiada por Dios al justo César, para pedirle que reafirmase la universalidad de su derecho imperial con las obras de la justicia y de la paz?

Paz he dicho, porque Arrigo VII llegaba a Italia «armado no de otra cosa que de su nombre de César». No obstante, no le faltaron enemigos; antiguos odios y antiguas rivalidades que se suscitaron en contra; muchas puertas se le cerraron, y, entre ellas, la de Florencia; muchos ejércitos se armaron contra él, y, para oponérseles, bien poco podían sus escasas fuerzas. Así, la tentativa de Arrigo parecía destinada al fracaso. No podemos prever lo que habría sucedido si él hubiese podido perseverar en sus esfuerzos. Pero la muerte lo arrebató demasiado pronto. En el 1313, Arrigo moría; con él terminaban para siempre las influencias imperiales en Italia; con él se cerraba la verdadera Edad Media, aquélla que se apoyaba sobre las dos columnas básicas del Papado y del Imperio; con él se perdían, para siempre, las esperanzas de Dante.

Y henos aquí, vueltos a nuestro Dante; haciendo la historia de su tiempo y de su partido, hemos hecho un poco su historia. Mas ¡de

cuántos especiales matices se colorea su pensamiento! Y es natural, pues que surgía de una mente tan grande. ¡Cuántas incertidumbres, cuántos cambios de situaciones y de afectos en su corazón! Yo no creo a los historiadores o críticos que nos han querido presentar un Dante siempre coherente, siempre igual a sí mismo. Dante está lleno de pasiones y es natural en un hombre tan rico de humanidad. Por esto, al tratar de conocerlo en la formación de su pensamiento político, veremos cuáles son las etapas que aquel pensamiento recorre, hasta llegar a la formulación de su más alta visión.

Nació Dante de familia más bien noble, y su tatarabuelo, Cacciaguida, siguió al Emperador Conrado III a la Cruzada, y allí murió, combatiendo contra los infieles. El viejo Cacciaguida, «laudator temporis acti», recuerda con nostalgia, en el «Paraíso», la vieja Florencia, pequeña y recogida, y lamenta los nuevos ciudadanos que se sumaron al núcleo primitivo, cuando la ciudad se ensanchó. Todo haría suponer que los Alighieri debían ser partidarios de los gibelinos. Fuéronlo, por el contrario, de la parte güelfa. Quizá por intereses; quizá por razones de parentesco; quizá, en fin, solamente porque habitaban en barrio güelfo. Un tío de Dante, Geri del Bello, parece que murió en una colisión de partido. Güelfo fué el padre de Dante, Alighieri, pero seguramente no de los Jefes, cuando los gibelinos no le enviaron al destierro después del 1260; güelfo fué Dante y, como soldado de su ciudad güelfa, combatió contra los gibelinos de Arezzo en Campaldino. Cuando, más tarde, el partido güelfo se dividió en Negros y Blancos, Dante militó en éste último, y ya hemos dicho las razones. Se ha hablado mucho de su imparcialidad cuando, como Prior en el año 1300, envió al destierro a los Jefes de Blancos y Negros, para tratar de restituir la paz a Florencia. Es cierto que, entre los desterrados, figuraba su fraternal amigo el poeta Guido Cavalcanti; pero nada sabemos de la parte que tuviese Dante en aquella condena. Verdaderamente, tomaba muy a pecho el orden ciudadano; mas nadie, creo, querrá desmentir que él debió ser un partidario decidido y feroz de los Blancos, cuando, en el 1302, sus adversarios políticos creyeron necesario condenarle, primero al destierro y después, por contumacia, a la muerte. Dante pudo

ser justo en la vida, como aparece en su poesía; pero nunca tibio y neutral, que tampoco lo fué como poeta. Bastará pensar en el desprecio profundo con que trata a aquéllos que no supieron hacer ni bien ni mal, los que fueron

«a Dio spiacenti ed ai nemici sui».

(desagradables a Dios y a sus enemigos).

Fué, pues, un político activo, no un «dormiente», no uno de aquellos hombres siempre a la ventana, tras las persianas.

De esta su participación activa en la pasión política, se tienen ejemplos no dudosos en la «Commedia», que empezó a escribir durante los primeros años del destierro. Si se tiene en cuenta que en su composición invirtió cerca de quince años, no es de extrañar que encuentre en ella, quien la lea con atención, varios cambios, que no lo son en la esencia de su pensamiento político, sino en los medios con los cuales cree poder convertir en realidad su ideal político. En la primera parte, en el «Infierno», y especialmente en los primeros Cantos, hierve más fuerte su pasión, ahora de güelfo. Su primer encuentro con un florentino, Ciacco, en el Canto vi del «Infierno», le permite resumir las últimas vicisitudes de la escisión entre Blancos y Negros; pero parece que su fervor de güelfo Blanco está ya un poco amortiguado. Eran transecurridos algunos años desde que fué desterrado, y ya Dante había experimentado personalmente cómo los Blancos desterrados no tuviesen gran cosa de bueno. Más tarde, les llamará «compagnia malvagia ed seempia» (compañía malvada y estúpida). De cualquier forma, ya se había separado de ellos y había «constituído partido por sí mismo». Y, ciertamente, en el relato que pone en boca de Ciacco, no parece querer echar la culpa a ninguno de los partidos, sino solamente expresar el dolor de saber cómo su Patria es destrozada por las luchas. En todas sus palabras resuena como una tristeza profunda por la sangre que correrá en Florencia.

¡Cuánto mayor fervor de pasión güelfa pone, por el contrario, en el Canto x, en su diálogo con Farinata degli Uberti, jefe de los

gibelinos florentinos! Aquí, Dante no vacila en nombrar a su familia güelfa, y cuando Farinata le recuerda que fueron sus enemigos y que por esto los dispersó, Dante responde al punto que «s'ei fur cacciati, ei tornar d'ogni parte, e l'una l'altra fiata, ma i vostri non appresser ben quell'arte» (Si ellos fueron expulsados, tornaron de donde quiera que estuviesen, y una y otra vez; pero los vuestros no aprendieron bien aquel arte).

Aquí, los dos adversarios están frente a frente: el uno, Farinata, erguido en su desdén, que parece despreciar hasta el Infierno; el otro, Dante, humilde ante quien es tanto más antiguo e ilustre que él, pero lleno de noble altivez al defender la gloria de su familia y de su partidò. Y se revela, así, la grandeza del carácter de Dante. Farinata fué hereje y, por esto, condenado al fuego eterno; fué gibelino y, por ello, merece la altiva respuesta de Dante; pero fué también aquél que, como he recordado antes, salvó a Florencia de la destrucción después de la derrota de Monteaperti, y he aquí a Dante, elevándole un monumento de reconocimiento eterno, cuando le hace exclamar, sublimado por su apasionado amor a la Patria:

*Ma fui io sol colà dove sofferto
fu per ciascun di torse via Fiorenza
colui che la difesi a viso aperto»*

(pero fuí yo solo allí donde había tolerado cada uno la destrucción de Florencia, el que la defendí a rostro descubierto).

Así glorificando al que estaba condenado, al que era su adversario, Dante rendía el más alto homenaje posible, a quien, por haber amado a la Patria, se hizo digno de todo elogio y de todo honor.

Otro signo de la pasión güelfa de Dante puede verse, tal vez, en el hecho de no haber ahorrado las penas del infierno a alguno de los más grades personajes gibelinos: así, entre los heréticos, es castigado Federico II de Suabia, entre los tiranos, Ezzelino da Romano, que fué Vicario imperial en Italia.

Florentino se revela después Dante, y sólo preocupado por el amor de su Patria, en el Canto xxiii, cuando condena entre los hi-

pócritas a dos «Podestá», de Florencia, uno güelfo, y otro gibelino, que nombrados a un tiempo para poner paz en la ciudad, se preocuparon, por el contrario, solamente de sus intereses, fomentando las discordias.

En fin, su característica de güelfo Blanco, aparece en el Canto xxv, cuando el Pistoyés Vanni Fucci, después de haber contado la derrota de los Blancos, añade:

«E detto l'ho perché doler li debbia».

(y lo he dicho porque debe dolerte).

Por último vuelve la pasión güelfa pura en el Canto xxxii, cuando Dante encuentra entre los traidores a Bocca degli Abati, aquél a cuya traición se atribuía, por voz popular, la derrota güelfa de Monteperti. El episodio aparece lleno de violencia. Dante, caminando, golpea en el rostro a un condenado que está sumergido en el hielo, y éste, imprecándole, pregunta si el golpe es un aumento de la pena, que mereció en Monteperti. Al punto, Dante, receloso, quiere conocer el nombre del condenado, a lo que éste se resiste, tanto, que el poeta le aferra con la mano los cabellos y se los arranca para que hable; otro condenado le llama entonces por su nombre, y Dante, soltando la cabellera, le lanza la tremenda invectiva:

*«Omai non vó che tu favalle
malvagio traditor; che a la tua onta
io porteró di te vere nove es».*

(Ahora no quiero que hables más, malvado traidor; que para tu vergüenza yo diré de ti verdaderas novedades.)

Como decía, pues, al tiempo de escribir el «Infierno», parece que Dante conservaba intacta su fe de güelfo. Pero es preciso que inmediatamente deje yo libre el terreno de una posible objeción. Me dirá alguno que no he hablado del Canto xix, que he pasado en silencio aquél en que Dante condena a los Papas. ¿Cómo se puede conciliar el güelfismo con esta condena? ¿No es ésta una prueba de que

Dante era, en realidad, un enemigo declarado de la Iglesia de Roma! Ahora bien, estas y otras semejantes necesidades han podido decirse y creerse por algún tiempo en Italia y en el extranjero, donde, en ocasiones, han servido de mucho para fines de propagandas antirreligiosas y masónicas. ¡Dante, el cantor de la más alta cristiandad, convertido en paladín de la masonería! Opiniones que ahora nos parecen ridículas, pero que, a veces, han encontrado amplio crédito entre aquéllos que se dejan convencer fácilmente por invenciones interesadas.

Y bien, basta leer un punto cualquiera de la «Commedia», no sin fundamento llamada «divina», para ver rotundamente desmentidos a estos charlatanes. Pruebas de lo que digo, no dejaré de indicaros. Mas, por ahora, me detengo en el punto que he puesto de relieve: el Canto XIX castiga a los simoníacos, esto es, a aquellos sacerdotes, obispos, Pontífices, que se aprovecharon de su posición de pastores de almas para ganar dinero; los que por oro y plata adulteraron las cosas de Dios, que deben ser compañeras de bondad. Este no es un pecado político, sino contra la Iglesia y contra Dios mismo. Dante, en la estructura orgánica del Infierno, no podía dejarlo sin castigar. Es su espíritu de perfecto católico el que se rebela, no contra la Iglesia, sino contra aquellos ministros de la Iglesia misma que traicionan su misión. ¿Qué otra cosa que fervor religioso, es lo que le hace prorrumpir en las amargas palabras de reprobación, remontándose a los primeros orígenes de la Iglesia? ¿Qué dinero exigió Jesucristo a San Pedro para nombrarlo cabeza de la Iglesia? ¿Qué pidieron los Apóstoles a San Mateo cuando lo eligieron para el puesto que Judas dejó vacante a causa de su traición? Si la reverencia hacia las supremas llaves no se lo impidieran, diría, en verdad, palabras aún más graves. Pero no puede contenerse de concluir:

*«Fatto vi siete Dio d'oro e d'argento:
e che altro è da voi a l'idolatre,
se non ch'elli uno, e voi n'orate cento?»*

(Habéis hecho a Dios de oro y de plata, y ¿en qué os diferenciais

de los idólatras, sino que ellos rezan a uno y vosotros a ciento?)

Celo, pues, de buen católico, de ferviente cristiano, se encuentra en estas palabras. Quien quiera creer lo contrario, o se equivoca o miente.

Hemos hecho un recorrido a través del Infierno, poniendo de relieve los puntos principales en los que se revela, en determinados momentos, la pasión política de Dante. De un Dante casi totalmente güelfo, he dicho. Mas su pensamiento político, no está aún aquí desarrollado. En el Infierno subsiste el florentino y el hombre de partido; al subir al Purgatorio, la visión política de Dante se irá ensanchando, abrazando, no ya el limitado panorama de su partido o de su ciudad, sino el más vasto de Italia toda y del Imperio. Y su voz se hará más alta y más pura en el condenar y en el loar; su corazón se irá purificando de toda tendencia particular, de toda pasión personal; su Canto, tenderá a hacerse cada vez más universal.

Y entonces se erigirá juez ante el Imperio y el Papado, señalará cuáles sean las misiones que Dios ha trazado a cada uno de los dos poderes, amenazará a los que no quieran o no sepan absolverlos y condenará a los que les combatan.

Ahora, ya sobre el fondo del Infierno, hay un pronóstico de esto. En el centro de la Tierra, en el centro del glaciario infernal, tiene su asiento el Demonio, Lucifer, representado con tres cabezas. De cada boca pende un pecador, eternamente lacerado por los dientes demoníacos: son Judas, Bruto y Casio. El traidor a Cristo, entre los traidores a César. La misma pena golpea así, en lo más profundo del tormento infernal, a aquél que traicionó a Nuestro Señor de cielo y tierra, que a los que traicionaron a aquel César, Emperador perpetuo, como le llamaron los romanos, que fué fundador del Imperio, por voluntad divina.

La visión imperial de Dante da aquí sus primeros destellos; brilla con su primera luz; la función divina del Imperio se asoma por primera vez en la «Commedia».

Ahora bien, adentrándonos en la lectura del poema, al punto nos apercebimos de que en el «Purgatorio» exhala un aire diferente, no sólo porque las tinieblas y el humo del Infierno han sido sustituidos por el Cielo azul y rosado de la Aurora, sino, sobre todo, porque en el umbral del segundo Reino divino, Dante parece haberse despojado de sus más encendidas pasiones y querer juzgar ahora, con una más serena bondad, a la nueva legión de ánimas que va a encontrar; almas que ya la Potestad Divina ha absuelto de sus culpas, admitiéndoles a la fatigosa subida del perdón. Y parece, asimismo, que esta mayor serenidad de juicio se revele también en el campo político, cuando los dos primeros personajes históricos que encontramos, son entrambos del partido gibelino: ¡y qué personajes! El uno, Manfredó, es el hermoso y desgraciado Rey de Sicilia, el último Rey de la Casa de Suabia; el otro, Buonconte de Montefeltro, combatiente en contra de Dante en la batalla de Campaldino; los dos, heridos en la lucha, no tuvieron modo de reconciliarse con la Iglesia — ¡Manfredó está hasta excomulgado!— sino en el supremo instante de la muerte. Dante hubiera podido muy bien condenarlos al Infierno; en su lugar, ha querido imaginar para ellos los bellísimos episodios de la reconciliación directa con Dios en el momento de morir; el uno, Manfredó, se vuelve soberbio como un Rey, más humilde como un penitente, «a Dio che volentier perdona» (a Dios que perdona de buena voluntad); el otro, el jovenzuelo, herido de muerte en la contienda, cruza devotamente los brazos sobre el pecho y muere murmurando el nombre de María, en un supremo acto de apasionado fervor.

Es evidente que en la justicia dantesca, que perdona al excomulgado Manfredó, hay simpatía hacia el Rey caballeresco y poeta; pero no puede dejarse de notar el diferente trato que Dante da aquí al hijo de aquel Federico II, también caballeresco y poeta y además Emperador, al que el vate no ha vacilado en sepultar en los sepulcros de los herejes. Y si es también evidente que en la elevación al «Purgatorio» de Buonconte de Montefeltro, se debe ver el perdón de Dante hacia un enemigo directo suyo, es curioso notar que, asimismo, Buonconte es hijo de un condenado, de aquel Guido de Montefeltro que está corroído por el fuego de los malos consejeros.

Un ejemplo más de la nueva imparcialidad de Dante en el campo político, lo descubrimos en el Canto VII, cuando encontramos reunidos en «una valletta amena» (un vallecillo ameno) a todos los poderosos de la tierra que reinaron hacia el fin del siglo XIII. Estos, que descuidaron los deberes de la Religión por estar demasiado empeñados en sus negocios de gobierno, esperan pacientemente ser admitidos en el Purgatorio y, en tanto, gozando de las bellezas del lugar en que están hospedados, elevan cantos de alabanza a Dios. Y cantan todos acordes y casi parecen responder uno al otro, especialmente aquéllos que más encarnizadamente se combatieron sobre la tierra. Así, particularmente, figuran unidos y próximos el gran Pedro III de Aragón, al que Dante tributa una elevadísima loa, y su poderoso enemigo Carlos I de Anjou, Rey de Nápoles. Y vemos después, uno junto al otro, a Rodolfo de Habsburgo, Emperador, y su rival Octocaro de Bohemia. Están aquí, pues, unidos en el premio y en la pena, un Emperador y el Jefe de los güelfos en Italia, y el perdón de Dante, superior a su pasión política, los reúne en el perdón divino.

Sin embargo, ni con Buonconte ni con Manfredo, ni siquiera con los Reyes y Príncipes, Dante habla de política. El pensamiento político de Dante, tal como informa todo el Purgatorio, se revela, por el contrario, en el Canto VI. La causa que provoca su exposición es ocasional: Virgilio, que sigue siendo el guía de Dante, aún en los reinos de la salvación, no es tan conocedor del camino como en el Infierno, por lo que tiene necesidad de pedir indicaciones aquí y allá. Por esto se vuelve ahora hacia un alma enteramente sola, a pesar de que su aspecto

«a guisa di leon quando si posa».

(a la manera de león cuando descansa).

no fuese muy acogedor. Y el alma se revela aún más desdeñosa cuando, en lugar de responder a Virgilio que le preguntaba por «la miglior salita» (la senda mejor), interroga, a su vez, a los dos viajeros sobre quiénes fuesen ellos. Mas cuando Virgilio, dulcemente, comienza a responderle, nombrando su ciudad, «Mantua», el alma, olvida de pronto su altivez y saltando en pie, clama:

*O mantovano, io son Sordello ..
della tua terra e l'un l'altro abbracciava.*

(¡Oh mantuano!, yo soy Sordello. Soy de tu tierra. Y se abrazaron ambos.)

En esta escena de fraternidad ciudadana, Dante interrumpe bruscamente su relato y prorrumpo en la famosa invectiva:

Ahi serva Italia, di dolore ostello...»

(Ah esclavizada Italia, albergue de dolor.)

El cotejo entre el amor de Sordello por su Patria, que se revela de imprevisto, en su cordialidad hacia el desconocido conciudadano, y el odio entre los partidos que se destrozan en la misma ciudad, armados uno contra otro, es fuente de alta consideración por parte de Dante. Aquí, parece verdaderamente elevarse a juez de la historia y superior a las contiendas de las facciones, señala imparcialmente las culpas de cuantos, con su mal proceder, contribuyeron a la angustiosa situación de Italia. Desde que Justiniano compiló el «Corpus Juris», no faltan, en verdad, a Roma las buenas leyes. La culpa es, por el contrario, de quien debería hacerlas respetar: culpa del Papado, que se adueñó de las riendas del gobierno y no pudo tenerlas firmemente, porque no es su misión gobernar; culpa del Emperador, que no obedece a la voz del deber y deja a su

*Roma que piagne
vedova e sola, e dí e notte chiama:
Cesare mio, perché non m'accompagne?*

(Roma que gime, viuda y sola y día y noche clama: César mío: ¿por qué no me acompañas?)

Está ya aquí en forma vibrante, diría casi épica, el concepto que desarrollará después doctrinalmente en el Canto xvi. Los pecados del mundo no se deben imputar a los pueblos, sino a los gobernantes: «Existen las leyes; pero ¿quién las pone en práctica?». Y aclara su principio teórico:

*Soleva Roma, che il buen mondo feo,
 due soli aver, che l'una e l'altra strada
 facea vedere, e del mondo e di Deo.
 L'un l'altro ha sperto ed é giunta la spada
 col pastorale, e l'un con l'altro insieme
 per viva forza mal convien che vada.*

(Solía Roma, la que hizo bueno el mundo, tener dos soles, que alumbraban los dos caminos: el del mundo y el de Dios. El uno ha obscurecido al otro; se ha juntado la espada con el báculo y, unidos ambos de viva fuerza, no es posible que se avengan bien.)

La concepción política de Dante, que tendrá después su máxima explicación teórica en el tratado «Monarquía», es perfectamente clara; los dos poderes, espiritual y temporal, no deben reunirse en uno: pertenece al Pontífice el dominio absoluto en el campo del espíritu; al Emperador, el gobierno del mundo. Podría alguno objetar que un poder cual es el Papado, pueda necesitar también defenderse de sus enemigos; pero a esta objeción responde, no sólo Dante, sino toda la doctrina política de la Edad Media. El defensor natural del Papado, la espada del Pontificado, es el Emperador. Si hay acuerdo entre los dos poderes, el enemigo de la Iglesia no puede menos de ser enemigo del Imperio. Es evidente que aquí no se atisba el caso de que el Emperador y el Pontífice sean enemigos entre sí. La lucha por la supremacía de las dos fuerzas está implícitamente resuelta con la clara delimitación de los cometidos de cada una, según aconsejaba la misma voz divina.

«Date a Cesare quel che é di Cesare, a Dio quel che é di Dio».

(Dad a César lo que es de César y a Dios lo que es de Dios.)

Naturalmente, un tal acuerdo presupone una buena fe completa por ambas partes; pero ¿es posible —preguntaremos con Dante— que el Vicario de Cristo en la tierra, si es digno de su misión, y el Ungido del Señor, el Sacro Romano Emperador, si está a la altura de su cometido, no hayan de entenderse? Si esto no sucesese, es quizá porque

Dios quiere castigar a Italia y al mundo; pero es también justo esperar que vendrá un tiempo mejor, en el que reine la suprema justicia.

De esta esperanza hay indicios por doquier en la obra de Dante, indicaciones de un salvador que se espera, vagas, por la necesidad de no incurrir en falsas profecías, pero hechas con fe firme. Que el esperado sea un Papa o un Emperador, no podemos decirlo con certeza; pero es evidente que Dante quiere honradez por ambas partes. Claro es que jamás pensó el Poeta en destruir o disminuir el poder papal o faltar al respeto al Pontífice. Bastaría recordar, en el Canto xx, las duras palabras con las que condena, paragonándola al martirio de Cristo, la ofensa hecha por Felipe el Hermoso, Rey de Francia, al Papa, no obstante ser éste aquel Bonifacio VIII, gran enemigo de nuestro poeta:

*Veggio in Alagna entrar lo fiordaliso,
e nel Vicario suo Cristo esser catto.
Veggiolo un ' altra volta esser deriso;
veggio rinnovellar l'aceto e il fiele
e tra vivi ladroni essere anciso*

(Veo introducirse en Agnani la flor de lis y hacer prisionero a Cristo en la persona de su Vicario. Véole otra vez ser objeto de ludibrio; veo renovarse el vinagre y la hiel y su muerte entre ladrones vivos.)

Y cuando osa faltar a la consideración debida al Cabeza de la Iglesia, en cuanto es Vicario de Cristo, Dante condena sin piedad. Su concepto, pues, es otro; aquél que se expresa claramente en la alegoría final, que se desarrolla en los Cantos xxix y xxxii del Purgatorio. Estamos aquí en lo alto de la montaña de la salvación, la montaña que las almas suben fatigosamente, para llegar a la cumbre del perdón. En la cima está el Paraíso Terrestre, el lugar hecho precisamente para los hombres, que ellos han perdido por el pecado del Primer Padre Adán y vuelto a merecer, merced al sacrificio de Cristo. La naturaleza perfecta se reviste allí de sus más vivos colores:

todo el encanto de una eterna primavera se esparce en torno al visitante; un suave céfiro sopla entre las hojas, y los pájaros armonizan su canto con el rumor de los árboles.

En este estupendo escenario, se presenta a los ojos admirados de Dante, un imponente espectáculo: avanza solemnemente en la selva una procesión salmodiante. Marchan en primer término siete inmensos candelabros de oro representativos: siete dones del Espíritu Santo, cuya luz ilumina el camino de los creyentes. Bajo el rastro de luz que los candelabros deja en el cielo, caminan veinticuatro viejos, que son los veinticuatro libros del Antiguo Testamento, según la división de San Gerónimo, seguidos de los cuatro animales que, en la representación del «Apocalipsis», personifican los Evangelios de Marcos, Mateo, Lucas y Juan. Y en medio de éstos, de los mensajeros de la «Buena Nueva», avanza triunfalmente el Carro de la Iglesia o, como otros entienden, de la Humanidad redimida, tirado por un grifo, animal en el que se mezclan la naturaleza del león y la del águila, y que es el símbolo de Cristo y de su doble naturaleza, Divina y Humana. En torno al Carro, danzan y cantan siete mujeres, que representan las cuatro Virtudes Cardinales, Prudencia, Fortaleza, Templanza y Justicia, y las tres Virtudes Teologales, Fe, Esperanza y Caridad. Y tras él van aún siete Viejos, que representan las Sagradas Escrituras de después de Cristo, el Nuevo Testamento: los Hechos de los Apóstoles, las Epístolas de San Pablo, las Epístolas Católicas de San Pedro, Santiago, San Juan y San Judas y, por último, el Apocalipsis de San Juan. Llegado a la altura de Dante, el Carro se detiene. Y como ahora se aparece al poeta, Beatriz, que le reprocha por sus pecados, la alegoría se interrumpe durante los Cantos xxx y xxxi completos. Reanúdase en el Canto sucesivo, cuando la procesión vuelve a emprender su marcha hacia Oriente y se detiene de nuevo junto a un árbol privado de hojas. Este árbol, que es, ciertamente, el del Bien y del Mal, representa simbólicamente el Imperio. Apenas el Carro se para a su lado, el Grifo, soltándose de éste, amarra el timón al tronco y, al momento, de las ramas antes desnudas, brotan hojas y flores. He aquí, simbólicamente representado, el renovarse del Imperio Romano, cuando a él se acerca y en

él se apoya la Iglesia de Cristo; esto es, el nacimiento de Cristo en tierra romana, la fundación de la Iglesia en Roma. A la entonación de un canto elevadísimo y solemne que saluda este reverdecer y reflorece de la planta, Dante tiene, de improviso, como un sueño, símbolo quizá de la paz que la Humanidad ha vuelto a encontrar en la unión de la Iglesia con el Imperio. Cuando se despierta, el Grifo y todo el séquito de los libros sagrados, se han alejado hacia el Cielo derechamente; al lado del árbol han quedado las siete Virtudes, con los siete Candelabros, los Dones del Espíritu Santo; junto a su raíz, o sea Roma, está sentada Beatriz, es decir, la Ciencia revelada, la Teología. Y he aquí ahora el simbolismo hacerse más rigurosamente político. Beatriz advierte a Dante de que esté atento a lo que ha de ver y forme caudal, para contarlo después a los hombres en la tierra. Como primera cosa, hete un águila descender rauda del Cielo, golpear el árbol, rompiendo la corteza y arremeter contra el Carro, hasta hacerlo bambolear. Con esto se representan las persecuciones que los Emperadores (el águila es precisamente el símbolo imperial) mueven contra los primeros cristianos; pero parece que Dante haya querido indicar, también, con la rotura del árbol, la división del Imperio romano en dos partes, porque, en definitiva, los Emperadores dañan más al Imperio que a la Iglesia. Si se quiere encontrar una directa referencia histórica, el águila podría representar al Emperador Diocleciano, que fué el autor de la primera desmembración del Imperio, y bajo cuyo mandato tuvieron lugar las últimas y más furiosas persecuciones, que duraron desde el 303 al 311, la Edad de los Mártires.

Inmediatamente después, una hambrienta se abalanza contra el Carro: es la herejía que ataca a la Iglesia; pero, para defenderla, está Beatriz, la Ciencia Teológica, que, vituperándola ásperamente, la pone en fuga, sin que pueda causar ningún daño.

Viene aún una nueva aparición del águila, que descende sobre el Carro y deja caer sobre él sus plumas. Aquí, el Emperador es Constantino, aquél que, como se creía en los tiempos de Dante, había hecho la primera donación de tierras a la Iglesia; gran mal, según Dante dice en otro punto de la «Commedia», y que fué el origen

de tantos otros pecados. Y también aquí el concepto está confirmado por una voz divina, quizá la de San Pedro, que exclama:

«O navicella mia, com mal sé carca».

(¡Oh, navecilla mía, qué mal cargada vas!)

y por cuanto sucede después: de la tierra, que se abre, surge un dragón, que traspasa el Carro con su cola venenosa y lo destroza, mientras que la porción que subsiste se recubre de las plumas del águila. Por lo que algunos interpretadores, considerando que la Iglesia es destrozada por el cisma, han querido ver en el dragón la representación de los cismáticos, y más propiamente de Mahoma; pero yo me inclino a creer, que el dragón sea la imagen de la concupiscencia, del deseo de bienes terrenos que envenena a la Iglesia, que se reviste, por tanto, de las plumas del águila, esto es, tierras y riquezas. Y en seguida, he aquí que brotan en torno al Carro siete cabezas, que representan los siete pecados mortales y, sobre él, tiene asiento ahora una prostituta, representación de la Curia romana, y a su lado, un Gigante, símbolo del Rey de Francia. Primero, ambos se besan, indicando con ello los acuerdos entre el Papado y los Reyes franceses; después, el Gigante azota a la mujer, en cuyo gesto se bosqueja las ofensas hechas por Felipe IV al Pontífice, de las que hemos hablado poco antes.

Pocas palabras dedica Beatriz, en el Canto sucesivo, para ilustrar a Dante sobre el espectáculo que ha visto, y son también estas palabras de profecía: la venganza de Dios no tardará; no quedará por mucho tiempo el águila sin heredero, sino que vendrá un tiempo seguro, en el que un jefe, enviado de Dios, dará muerte a la mujer y al Gigante que con ella peca, devolviendo a la Iglesia la primitiva pureza.

Así, al final del «Purgatorio», la gran profecía se renueva. La Humanidad sufre, la Iglesia está corrompida; pero un Emperador, enviado por Dios, restablecerá la justicia sobre la tierra.

Mas, ¿sobre qué fundamentos doctrinales edifica Dante esta su visión del mundo? ¿Cuáles son los méritos de los Emperadores, para tener el derecho de arreglar el mundo? Alguna aclaración a esta pre-

gunta nos viene del Canto vi del «Paraíso», donde el Emperador Justiniano diserta sobre el Imperio. La reconstrucción poética de la historia de Roma imperial, adquiere en esta narración tonos de elevación épica, hasta ahora jamás alcanzada. Alude Justiniano brevemente a las victorias sucesivas de Roma sobre los pueblos vecinos y sobre aquéllos del otro lado de los Alpes y de los mares, y añade:

*Poi, presso al tempo che tutto il ciel volle
 redur lo mondo a suo modo sereno,
 Cesare per voler di Roma il tolles.*

(Después, en el tiempo en que el cielo quiso reducir el mundo entero a la paz, César la adquirió por voluntad de Roma.)

Se expresa en estas palabras el concepto de que la presencia de César es querida por Dios, para cumplir una altísima misión: la de pacificar el mundo por medio de sus brillantes victorias, descritas en cinco magníficos tercetos.

Realizada la misión de César, he aquí a Augusto completar la obra de su gran predecesor y concluirla con la clausura, en señal de paz, del templo de Jano. Pero hay aún nuevos signos de la intervención divina en la historia del Imperio: bajo Augusto nace Jesucristo, y bajo Tiberio muere, condenado por leyes romanas: es, en fin, el Imperio a quien Dios ha concedido la altísima función de ejercer la justicia humana contra su mismo Hijo; y es aún un Emperador, Tito, el que, destruyendo Jerusalén, lleva a cabo la venganza de aquella muerte. Y, después de muchos siglos, es siempre el Imperio, renovado y vuelto a consagrar en Carlo-Magno, el que socorre y defiende a la Iglesia, amenazada por los Longobardos.

Tal es la historia del Imperio, tales sus altísimas glorias. ¿Qué podrán, entonces, los güelfos de Carlos II contra él? El Imperio es un águila, que ha sabido vencer leones mucho más fuertes que el débil Rey angevino.

Pero también los gibelinos tienen su parte, por lo que Justiniano les incita a elegir otra bandera, distinta de la imperial, la que no es digno de enarbolar quien se aleja de la verdadera justicia. En este

punto, la evolución del pensamiento político de Dante se nos aparece acabada: el Poeta está ya por encima de cualquier partido. Los Blancos y los Negros se han borrado completamente de su memoria, y hasta los güelfos y gibelinos merecen ahora su desprecio: son facciones, divisiones, y Dante aspira a la unidad: al Imperio.

En su forma poética, la política de Dante ha llegado a su punto más alto, puesto que el Canto vi del «Paraíso» es, sin duda, uno de los más bellos de toda la obra. En su esencia, a Dante no le queda más que dar a su pensamiento un rigor filosófico, según los dictámenes de la «Escolástica». Después del Canto, la idea; es lo que encontraremos en el Tratado «Monarchia».

CARLO CONSIGLIO

VICEDIRECTOR DEL INSTITUTO DE CULTURA ITALIANA

BIBLIOGRAFIA

- B. Davidsohn.*—Forschungen zur Geschichte von Florenz. Berlín, 1896-1908.
G. Salvemini.—Magnati e popolani in Firenze. In «Pubblicazioni dell'Istit. di Studi Superiori». Firenze, 1899.
N. Ottokar.—Il Comune di Firenze alla fine del Duecento. Firenze, 1926.
N. Zingarelli.—Dante. Milano, 1931.
I. del Lungo.—I Bianchi e i Neri. Milano, 1921.
A. Gherardi.—Le Consulte della Repubblica Fiorentina dal 1280 a 1298. Firenze, 1896-98.
B. Barbadoro.—Consigli della Repubblica Fiorentina dal 1301 al 1315. Bologna, 1921-30.
 Además de las de antiguas Crónicas de Dino Compagni y Giovanni Villani.

